

LA
PUERTA
DEL
CÍRCULO
POLAR
ÁRTICO

Juvenal Acosta

LA
PUERTA
DEL
CÍRCULO
POLAR
ÁRTICO

 Planeta

© 2021, Juvenal Acosta

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño / Daniel Bolívar

Fotografía de portada: © iStock

Derechos reservados

© 2021, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik **núm. 111**,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: junio de 2021
ISBN: 978-607-07-7482-9

Primera edición impresa en México: junio de 2021
ISBN: 978-607-07-7501-7

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra dirjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

I
D A Ñ O S

Traer niños a este mundo es como
llevar madera a una casa en llamas.

PETER WESSEL ZAPFFE

Nadie ha tenido la suerte de no haber nacido.
Todos hemos tenido la desgracia de haberlo hecho.

DAVID BENATAR

Södermalm, Estocolmo, 2008

La estación del metro Medborgarplatsen, ubicada en la plaza del mismo nombre, no es una de las más visitadas por los turistas que exploran Estocolmo, a diferencia de otras que son famosas por sus elaboradas exhibiciones de arte contemporáneo sueco y el espectáculo multicolor de las cavernas excavadas, decoradas con sofisticados sistemas de iluminación. Las estaciones T-Centralen, Solna Centrum, Tekniska Högskolan o Stadium, por mencionar solamente algunas de las más conocidas, son mucho más atractivas que esta modesta parada del metro.

Medborgarplatsen está en Södermalm, una isla de la municipalidad de Estocolmo que recientemente ha adquirido cierta popularidad entre algunos turistas por ser el hogar de Lisbeth Salander, la heroína punk de la novela de Stieg Larsson *Män som hatar kvinnor*, que en sueco significa «Los hombres que odian a las mujeres», aunque fue traducida para su publicación en español como *Los hombres que no amaban a las mujeres*. Un sueco ingenioso se ha inventado los *tours* de Millennium que pasean a los fans de Salander y Larsson por el Estocolmo de sus novelas.

Aquella noche de junio de 2008, la superficie de la Medborgarplatsen estaba ocupada por al menos doscientos adolescentes que bebían cerveza, comían pizzas o hamburguesas y fumaban, convencidos de que su juventud los volvía invulnerables. Ese sentimiento de inmunidad absoluta es un privilegio que únicamente

conocen los jóvenes, sobre todo los nativos del primer mundo. La mayoría eran chicos del barrio, casi todos jóvenes blancos de clase media, ruidosos e insolentes pero inofensivos. En los márgenes de la plaza había algunos grupos de muchachos provenientes de África, casi todos de Somalia, y uno de varones de Irak, todos ellos refugiados de la miseria y la guerra que sufrían sus países. Los Estados Unidos venían lanzando bombas sobre Irak desde 1990, cuando el primer Bush, determinado a proteger los intereses de su país en la región petrolera más grande del mundo, emprendió la operación militar «Tormenta del desierto» que expulsó de Kuwait a las tropas invasoras de Saddam Hussein. Después del ataque terrorista a las Torres Gemelas de Nueva York en el 2001, la sed de venganza de Bush hijo y compañía en contra de un país que no tenía nada que ver con Osama Bin Laden y Al Qaeda, pero sí mucho petróleo, hizo que los americanos atacaran otra vez a Irak en el año 2003. La ocupación americana destruyó el país, se convirtió en el fiasco militar más grande después de Vietnam y desató el caos responsable del éxodo de miles de iraquíes que pudieron salir de su tierra antes de que las bombas de sus enemigos tribales o los militares norteamericanos los mataran.

Esa noche, en la plataforma de la estación del metro, un grupo de adolescentes chiitas esperaba el tren de la línea verde que los llevaría a otra parte de Estocolmo donde habían acordado reunirse con el primo de uno de ellos, que tenía unas películas piratas que un amigo había enviado desde Bagdad. Eran cinco muchachos y sus edades fluctuaban entre los quince y los diecisiete años. En las casi tres horas que estuvieron en la plaza no tomaron alcohol porque lo tenían estrictamente prohibido por su religión y sus padres; era *haram*. Bebieron cocacolas y compartieron dos pizzas Margarita, las más económicas de la pizzería Plaza. Uno de ellos, Ahmed, acababa de perder la virginidad la semana pasada con una chica sueca, aunque no quería que nadie lo supiera, porque tener sexo antes de casarse también es *haram* de acuerdo con

la ley islámica. Sus amigos sospechaban que algo importante y prohibido había pasado el sábado anterior, cuando Ahmed desapareció una tarde entera con Susanne Clausen, una de las vecinas del complejo de edificios donde todos ellos vivían, en una zona de Södermalm venida a menos. Las bromas y los empujones gentiles les daban a los amigos el aspecto de un grupo de cachorros alegres que retozaban por el placer de retozar. Los iraquíes chitas no eran diferentes a cualquier grupo de varones de esa edad de cualquier lugar del mundo.

Los cinco amigos esperaban el tren lejos de los otros pasajeros; se habían ubicado en uno de los extremos de la estación porque estaban acostumbrados, desde que eran niños y sus padres los llevaban de la mano cada vez que se subían al metro, a alejarse y evitar el contacto con los suecos viejos, que los miraban con sus helados ojos azules, arqueando las cejas y meneando la cabeza con los labios apretados. Un par de minutos después de ellos, habían bajado a la plataforma dos muchachos de su edad, uno de cabello rubio, casi blanco, y el otro con el pelo de un rubio un poco más oscuro y largo, que procedieron a observarlos con atención. Los dos suecos y tres de los iraquíes se conocían porque fueron juntos a la escuela, pero nunca habían sido amigos. Los chicos rubios iniciaron una conversación que vista desde lejos parecía intensa, agitada. En algún momento, el adolescente de pelo corto comenzó a avanzar con determinación hacia el grupo de árabes. Su amigo lo tomó de un brazo, como pidiéndole que se quedara donde estaban, en la zona central de la plataforma, pero el muchacho de pelo corto tenía mucho odio en la mirada y en su pecho como para escuchar las palabras de su amigo. Un par de meses atrás, la misma Susanne Clausen que se había acostado con Ahmed le había dicho que ya no quería seguir saliendo con él porque no le gustaba que fuera tan pendenciero y además estaba harta de sus comentarios racistas. Los padres de Susanne eran inmigrantes daneses que sufrieron en carne propia la discriminación de los nativos suecos y ella creció viendo cómo la densa amargura de su

padre y la resignación impotente de su madre habían apagado el brillo de sus ojos.

El rubio de pelo corto no quiso posponer algo que ya había decidido que iba a hacer tiempo atrás, cuando vio juntos por primera vez a Susanne y a Ahmed cenando en un local pequeño de falafeles y shawarmas de Ringvågen. Su plan era muy simple: le diría a Ahmed que era un inmigrante de mierda y que, por esa razón, porque era un tipo pobre y miembro de una raza inferior, al salir con Susanne estaba comiéndose las sobras de lo que él ya no quería. Le prometió a su amigo que no se pelearía; solamente le diría eso porque quería ponerlo en su lugar. «Si no podemos echarlos de nuestro país, al menos hay que recordarles quiénes son», dijo. Ahmed estaba muy entretenido bromeando con sus amigos y no vio a los dos chicos que se acercaban hasta que uno de sus compatriotas le puso sobre aviso en cuanto advirtió la manera agresiva con que el sueco de pelo corto se dirigía hacia ellos.

Lo que sucedió en los segundos siguientes fue tan rápido y confuso que la policía que llegó a los pocos minutos después del accidente registró muchas versiones diferentes del mismo evento, aunque la mayoría de aquellos que vieron y protagonizaron el altercado coincidieron en que el primer golpe lo lanzó Ahmed cuando el rubio de pelo corto le tiró el escupitajo en la cara luego de decirle «puto terrorista». Según el mismo Ahmed, el otro muchacho, el de pelo largo, cuyo nombre no pudo recordar en ese momento porque estaba terriblemente afectado por lo que acababa de pasar, se interpuso a empujones entre él y su amigo gritando «¡No, no! ¡Paren, por favor!» para evitar que hubiese más golpes, pero en la confusión uno de los chicos árabes pensó que el rubio de pelo largo estaba atacando a Ahmed y se arrojó sobre él, lo agarró firmemente de la camisa con ambas manos y dio un giro de ciento ochenta grados para lanzarlo con gran fuerza en dirección opuesta a ellos. Su intención, le explicó a la policía, era evitar que le pegara a Ahmed. El horror, que nunca abandonaría la memoria de todos los presentes, transcurrió en cámara lenta.

La fuerza del empujón hizo que el joven de pelo largo perdiera el equilibrio: muy rápido y sin poder detenerse, comenzó a trastabillar hacia atrás en dirección a las vías cuando el tren de la línea 18 procedente de Farsta strand con rumbo al centro de Estocolmo entraba a toda velocidad a la estación. Los seis adolescentes, paralizados por el espectáculo atroz de lo inevitable, contemplaron fascinados la danza terrible, el gesto incrédulo del muchacho de pelo largo y el esfuerzo inútil de los músculos de su cuerpo, que intentaban sin éxito recuperar el control de sus movimientos para detenerse, y fueron testigos de la coordinación monstruosa del azar y el caos, de la odiosa sincronía perfecta con que ese cuerpo joven, en su último segundo de vida, pareció hacer una elegante pirueta de ballet antes de caer, en el momento justo en que el silbato del tren anunciaba de manera simultánea su llegada puntual al andén y la hora de la muerte.

Ciudad de México, 2014

El hombre que camina en dirección opuesta a Violeta es joven, tiene un rostro de facciones más mestizas que indígenas y camina con la prestancia ostentosa y falsa del inseguro. Los habitantes de esa colonia de clase media alta pueden identificarlo de inmediato como alguien que no vive allí, alguien cuya presencia está justificada por una razón práctica: algo laboral, logístico. Su corte de pelo parece militar o imita el de algún jugador de fútbol famoso. La ropa barata le queda demasiado ajustada. La fortaleza física de su cuerpo es evidencia de una paradoja que hace sufrir a muchos chavos de la clase media chilanga: ¿cómo es posible que esos muchachos pobres, criados con tortillas y frijoles, tengan un físico más desarrollado que el suyo, cuando ellos invierten tantas horas y dinero en el gimnasio?

Violeta no es rica, es clase media alta. Como muchos miembros de esa clase, es una criolla, aunque este término no se usa mucho en su país. Cuando la gente en México escucha «criollo» piensa primero en los hijos de españoles que iniciaron la Guerra de Independencia de España en el siglo XIX. Cuando alguien dice «criollo» para referirse de manera genérica a los blancos mexicanos, los *whitexicans*, no falta quien piense que el que usa esa palabra es un acomplejado o un resentido social. Violeta es diferente: es criolla, pero no es blanca. Es una morocha argenmex. La gente que no la conoce supone que es colombiana, veracruzana o caribeña, porque

hay algo en su cabello ondulado, algo en el color de su piel que hace pensar en un trópico caliente donde la sangre africana se mezcló con la del indio y la del español. No ha faltado quien quiera insultarla diciéndole «negra» o «pinche negra», a pesar de que muchos mexicanos rechazan la idea de que su sociedad es racista porque el racismo es evidencia de pobreza moral y espiritual. Creen que una especie de magia histórica benévola los exonera de los prejuicios que aceptan y practican sin escrúpulos en su vida cotidiana. Pero el mexicano es profundamente consciente del color de su piel, de las facciones del rostro propio y del de sus semejantes, a pesar de la creencia de que su glorioso y manoseado pasado indígena le exime del odio racial.

El joven que camina en dirección opuesta a Violeta pertenece a la clase más discriminada por los mexicanos de la clase media y de la clase alta, por los criollos y por todos aquellos mestizos que han elegido afiliarse a los valores raciales supremacistas de la clase dominante mexicana. Violeta no le ha dado ninguna importancia a la presencia de ese desconocido que viene en dirección opuesta a la suya porque, aunque ha comenzado a oscurecer, ella camina en la colonia Roma, un barrio caro y hermoso donde vive gente que lo transita con la misma seguridad con que ella lo hace. No sería exagerado decir que no ha advertido la presencia de este hombre porque su condición social, evidenciada por su atuendo y su manera de moverse por las calles de la ciudad, lo ha vuelto parcialmente invisible a sus ojos. Tal vez otro criollo, un *milleennial hipster* más o menos parecido a ella o uno de los muchos extranjeros blancos que habitan la zona, habría conseguido llamar su atención. No este muchacho. Violeta no puede sentirse amenazada por aquello que no ve. Los hombres invisibles, como los monstruos de los cuentos, no hacen nada; no pueden hacer nada porque no existen.

Violeta vive una ficción cómoda y peligrosa: se siente segura en una ciudad que no lo es. Esto es posible porque las personas como ella habitan un mundo cuyas reglas son un misterio para

quienes no viven en la Ciudad de México: saben que la ciudad es peligrosa, que en cualquier momento algo terrible puede suceder, pero recorren sus calles con la tranquilidad del dueño de casa. Una mirada apresurada, un escaneo visual a un lugar público, les permite evaluar de inmediato el nivel de riesgo. Esta visión de la realidad la comparten las personas de clases media y alta de otras ciudades. Los cachacos estrato cinco y seis de Bogotá, los blancos ricos de Río de Janeiro y los miembros de las castas privilegiadas de Bombay poseen esta habilidad; entienden el contrato ventajoso que existe entre ciudad dura y habitante afluente.

Puesto que su instinto ha determinado que en ese tramo de calle no existe ningún riesgo, Violeta no se ha dado cuenta de que, además de este joven que camina en dirección opuesta a la suya, no hay nadie más caminando por la cuadra. Hay una chica de quince o dieciséis que está parada en la entrada de su casa, del otro lado de la calle. La chica no se mueve: como millones de chilangos en ese mismo instante, tiene las narices metidas en la pantalla de su teléfono celular y resulta difícil saber si está esperando un Uber o simplemente busca un poco de soledad para poder enviar y recibir textos sin la supervisión de sus padres. Es posible que su chateo sea inocuo. Lo contrario también es posible, pero no importa. Su presencia en esa calle, en el umbral de esa casa, en la ciudad y en el planeta entero se ha vuelto completamente insignificante puesto que su disolución física y mental en el agujero negro del teléfono la abstrae del universo material. Es como si no existiera; es menos que un espectro, es una imagen carente de peso específico. La distancia entre Violeta y el hombre joven que camina en dirección opuesta ha disminuido en los últimos segundos. Los ojos de Violeta ya han decidido que él no existe, pero esta conciencia de su invisibilidad no ha pasado desapercibida para él. Los monstruos saben que son monstruos; los seres invisibles saben que, a pesar de que nadie los puede ver, ellos están allí. Todos los monstruos conocen su poder.

Para él nada de esto es nuevo porque lo ha experimentado toda su vida. Apenas sale de su colonia, apenas baja de esas calles sucias y malolientes, llenas de perros callejeros, basura que el gobierno no recoge, fugas de agua incoherentes en un barrio donde falta el agua, y entra al territorio incierto de una colonia afluyente como esta, pasan dos cosas contradictorias: se vuelve presente, pero de una manera negativa. Las frentes de los colonos de la Roma se fruncen al preguntarse qué hace ahí una persona como él (gesto huraño, corte de pelo demasiado corto con mucha brillantina o gel, movimientos escurridizos, demasiado seguros o agresivos, según el ojo que los examina) que no está vendiendo flores, paseando perros o barriendo el frente de alguna casa o edificio. El otro efecto de su presencia es que se vuelve automáticamente invisible. El daño es doble.

Hay una palabra que él no tolera, una palabra que lo destruye porque está hecha de kryptonita verbal y odio. Un sustantivo que tiene el poder de anularlo en una fracción de segundo y lo disuelve en una sustancia amarga hecha de rencor vivo. A veces escucha esa palabra insidiosa a sus espaldas, a veces la escucha de frente cuando alguien se la escupe para destruirlo o intentar enviarlo de inmediato a ese lugar de donde no tendría que haber salido, un rincón oscuro, sucio y frío que no está en las calles que les pertenecen a aquellos que tienen pasaporte, iPhone, cuentas de banco y hablan el idioma violento de la anulación: la palabra es *naco*. *Pinche naco*. Este es uno de los vocablos más sucios del español mexicano. Es tan sucio como la palabra *cholo* en algunos países de Sudamérica o tan puerca como aquella que los blancos usan para destruir a los negros en los Estados Unidos; es repugnante como otras palabras que otros asesinos de almas usan en otros países y otros idiomas. Es una palabra tan vil que hay personas como él que a veces la usan para denigrar a otros de condición aún más baja que la suya, otros de facciones más indígenas, de procedencia más miserable.

En su colonia, el joven que camina en dirección opuesta a Violeta no es un naco, pero aquí, en la Roma criolla, sí lo es, y aunque

Violeta no reconozca su presencia, él sabe (lo sabe porque es un experto en contradicciones, un académico sin título de la negación) que su invisibilidad, ahora que está apenas a cinco pasos de ella, es producto del nefasto perfume de pobreza que ella ha detectado y que hace que sus ojos ni siquiera registren su existencia. Esa invisibilidad es más insultante para él que las expresiones de miedo o desconfianza a las que también está acostumbrado: las señoras que se cruzan la calle para no pasar junto a él, las secretarias que se acomodan la bolsa al otro lado del cuerpo, las MILF ricas que se alejan lo más posible de él en los elevadores, las chavas fresas que lo miran de reojo o ven su ropa con asco.

El hombre joven que camina en dirección opuesta a Violeta habría preferido ver en ella una expresión de miedo, porque para el monstruo que no ha hecho nada es preferible el respeto que produce el miedo al insulto de la invisibilidad. Él sí la vio (la vio desde que entró a esa calle y, aunque para él ella no tiene nombre, está seguro de que debe ser otra puta niña fresa a quien le encanta la verga, pero nada más coge con putitos que no se la deben de coger como Dios manda). En la Ciudad de México ella nunca es invisible. A cuatro pasos de distancia, el joven que camina en dirección opuesta a ella todavía no sabe si decirle que ni que estuviera tan buena pero igual se la metía, o si en el siguiente paso va a ignorarla por completo como una forma de venganza, de desaire, de castigo. La lección poderosa de su padre, la de sus tíos, la de los vatos de la colonia es: «castígalas, chingada madre, castígalas con tu desprecio, que es lo que más calienta a las pinches niñas ricas; lo que más les gusta a estas morras, que las ignoren, que no les hagan caso. Es lo que las pone más cachondas». Esa es la lección del bolero impotente, de la canción ranchera resentida, del melodrama en blanco y negro de la Época de Oro del cine nacional, de los cuates caguameros de la colonia.

Lo que piensa Violeta en ese momento es casi irrelevante porque lo que va a pasar en los siguientes segundos o lo que nunca

llegará a suceder depende de la decisión del hombre que cada vez está más cerca de ella. (¿Qué piensa Violeta? ¿Piensa en el hombre que camina en dirección opuesta que de pronto parece realizar un movimiento inesperado? ¿Piensa en la chica que al otro lado de la calle ha alzado su mirada de la pantalla del teléfono porque ha presentido que algo va a suceder en la banqueta de enfrente? ¿Piensa en la novela que algún día le gustaría escribir?). Quizá Violeta simplemente camina, libre de cualquier pensamiento que pueda interferir entre ese paso que acaba de dar y el siguiente, que la pone a menos de un metro de distancia del joven que camina en dirección opuesta. Nadie piensa, mientras camina con esa despreocupación por las calles de su ciudad, que en el mundo haya hombres que odien tanto a las mujeres.

Lo que sucede en las fracciones de segundo que seguirán a esos pasos, a los de Violeta, dueña hasta ese instante de su vida, de su ciudad, de su cuerpo, de su destino inmediato, y a los del joven que en ese momento está a menos de un metro de ella, no es inexplicable; es absurdo, violento e irracional, pero no es inexplicable. El joven, que hasta hace unos segundos desconocía su identidad de monstruo, ha tomado una decisión sin siquiera saber por qué razón la ha tomado. La decisión pareciera haber sido realizada no por su cerebro sino por su cuerpo, por los reflejos ágiles de su cuerpo poderoso, por su brazo y su cintura, de una manera impulsiva, independiente de su voluntad. Es posible que la decisión fuera tomada hace mucho tiempo, sin que él se diese cuenta, en la soledad del cuarto que comparte con cuatro personas en uno de los cerros más sucios del municipio de Naucalpan. Es posible que la decisión fuera tomada en un sueño que no recuerda.

El resultado específico de esa decisión es simple y brutal. El joven mueve la pierna y el pie izquierdos para bloquearle el paso a Violeta, quien a su vez se mueve de manera instintiva a la derecha, hacia la fachada de una casa catalogada del siglo XIX que ese año alcanzó un valor escandaloso de un millón y medio de

dólares. Ese tipo de movimientos son cosa de todos los días en las calles de la ciudad y Violeta apenas lo nota. Su mano derecha está presionada, como siempre que camina en la calle, contra la pequeña mochila de cuero que cuelga de su hombro derecho. Su mano y su brazo izquierdo se movían, hasta hace un segundo, al compás de su paso y ahora se han detenido. El brazo izquierdo del joven se levanta frente al cuerpo de Violeta, pero no lo toca. Su movimiento habría tenido otro significado si estuviese sacando un pañuelo o un objeto de una caja o de un sombrero de mago, pero en esa mano extendida no hay nada. La visión de la mano hace que Violeta voltee con un gesto de curiosidad en dirección al joven desconocido, que en ese mismo instante ya tiene formado un puño con la mano derecha y lo dirige ahora a toda velocidad hacia el rostro limpio e interrogante de esa mujer a quien él nunca ha visto en su vida.

El golpe, si hubiese tenido lugar en un ring de boxeo, habría sido elogiado por los críticos de box y los periodistas encargados de reseñar la pelea al día siguiente en los diarios matutinos como un poderoso rechazazo al rostro del contrincante, que cayó en el primer round para darle una victoria indiscutible al boxeador de Naucalpan gracias a su superioridad física y su gran destreza pugilística. Pero esa no es una arena de boxeo, es una calle común y corriente de la colonia Roma. El puño cerrado del joven desconocido se estrella en la nariz y en la boca abierta de Violeta, que no ha tenido tiempo de esquivar el puñetazo, ni de alzar las manos para protegerse, ni de moverse a un lado para evitar el golpe que ha explotado con un odio profundo, pesado y sucio en contra de ella y todas las mujeres de la ciudad, en contra de todas las criollas mexicanas, en contra de las chavas fresas, en contra de la novia que lo dejó, en contra de la maestra que lo reprobó en la primaria, en contra de la amante imposible, en contra de lo inaccesible, de lo lejano, de lo deseado, de lo que causa humillación, vergüenza y rabia en su estado más puro y más crudo. El golpe la rompe y la derrumba contra la pared. En el suelo, Violeta tiene ambas

manos en su cara. Hay mucha sangre. Violeta dice «¡Ayyy! ¿Por qué?, ¿por qué?».

Al otro lado de la calle, la chica del teléfono exclama «¡Noo maaames!» y, en vez de cruzar la calle para ayudar a la mujer que llora sentada en el suelo, trata de activar la cámara del celular para grabar un video porque sabe que solamente aquello que está registrado en un video existe; sin embargo, se demora en hacerlo porque la emoción del privilegio que trae el ser testigo de un ataque real que puede trender en las redes y hacerla famosa por quince segundos entorpece sus dedos. El hombre joven permanece por un instante eterno al lado de Violeta, estático, paralizado en un momento de triunfo irreal, sonriendo como si hubiera metido el gol que le dio a su equipo la victoria en la final del campeonato de fútbol. Y, aunque sabe que tiene que irse de inmediato, que tiene que salir cuanto antes de esa calle, de esa colonia, no resiste la tentación de firmar su obra maestra con un escupitajo y una frase. El escupitajo cae en el pelo de Violeta, que apenas ha logrado reunir el aliento necesario para gritar ahora de dolor, y la frase que susurra el hombre es la que ella recordará con terror el resto de su vida cada vez que la sorprenda el ocaso del día en las calles de cualquier ciudad o de esta, que hasta ese momento era suya.

—Imagínate si te hubiera agarrado de noche.

ÍNDICE

I. Daños	11
II. Mapas	29
III. Irse	123
IV. La puerta del Círculo Polar Ártico	241
Epílogo	319
Post scríptum y agradecimientos	335